

EL PROBLEMA DE ULISES

Andrés Reynaldo (Las Villas, 1953). Poeta y periodista. Ganó en Cuba el Premio David de Poesía 1978, por el libro *Escrito a los veinte años*. Llega a Estados Unidos en 1980. Ha vivido en San Juan de Puerto Rico, Madrid, New York y Miami. 1986, ya en el exilio, le otorgaron el Premio Letras de Oro por *La canción de las esferas*. Ha sido subdirector de noticias locales de *El Nuevo Herald*, en Miami, y jefe de redacción de la revista *People en Español*, en New York. Dirige la revista *VIERNES* de *El Nuevo Herald*. Tiene una larga y valiosa labor periodística.

Andrés Reynaldo

EL PROBLEMA DE ULISES

De la presente edición, 2015

- © Andrés Reynaldo
- © Hypermedia Ediciones

Hypermedia Ediciones
Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid
Tel: +34 91 220 3472
www.editorialhypermedia.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y corrección: Hypermedia Servicios Editoriales S.L
Diseño de colección y portada: Hypermedia S. E., S.L
Imagen de portada: Pedro Portal

ISBN: 978-1518800573

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

EL PROBLEMA DE ULISES

A la sombra del álamo donde yace el cordero
he marcado con una piedra blanca
los años del exilio:
tardío griego en el crepúsculo de América.
Ya no estoy en mi destino.
Harto de fatigar a mis demonios
atravieso las ciudades de estériles nubes
y vidrieras adornadas con exquisito arte funerario.
«No hay delicia en el mañana»,
dijo Lorenzo de Médicis,
y todavía el pan no contenía azúcares sintéticos.
Intacta la ilusión de que allende las islas
la noble Gea amamantaba una raza de titanes,
partí de Itaca,
enfermo de su ley.
Troya fue mi coartada.
La furia de Agamenón,
las pestes de mares y desiertos
y el desfavor de
[los volubles dioses
fingí temer con tal de que los míos
no se resintieran de mi adiós.
Mi patria me dio un nombre,
pero yo anhelaba un rostro.

Nada me retenía junto al padre
que presume su descuidada huerta
y hermanos que rechazan
la lúcida carne de los jabalíes del Parnaso.
Da igual si la partida
no me abrió un camino,
si he roto más de un arco
por disparar a ciegas.
Fecundo en ardides y escaso de gasolina
evito con un largo rodeo los puestos de aduanas,
mientras saltan las luciérnagas al lienzo de la noche
y Circe vierte su filtro en la radio:
Metástasis,
de Iannis Xenaquis,
ameniza segundas hipotecas.
Luna de miel en los cruceros:
diamantes en cubierta,
detritus en la estela.
De la frecuencia modulada
a la onda media
surge en el dial
un ojo voraz.
Una sobre otra se iluminan las torres,
como arcaicas tarjetas de cómputo
a través de una lámpara.
En cónclave de sombras
los choferes no se miran.
Protagonistas de las noticias del tránsito
en el foco de ocultas cámaras.
Rostros que impregnan los parabrisas
en la melancólica brevedad de los semáforos,
arpías que invitan a naufragar
con intereses del 30 por ciento.
Tintinean del volante

las llaves de elusivas puertas.
A veces envidio la suerte de Aquiles.
Doce ciudades por tierra
y once por mar
tomó sin levantar su tienda,
huésped sólo de su muerte,
a salvo de las tentaciones del regreso.
Sin volver a dormir
en la cama que corrompió tus sueños
ni asomarte a la ventana
del hogar que fue tu cárcel.
Puedo disimular entre extranjeros.
Sin embargo,
equivoco las direcciones.
Por la pradera de asfódelos donde vagan las almas
y los puentes que se alzan
sobre la invisible cumbre del pelícano,
he buscado una valla con la cifra de la Resurrección.
Inútil preguntar a los hombres rojos
de la Patrulla de Caminos
y a los negros, pendencieros de crack,
que acechan en los parques.
¿Alguna vez fui rey?
Todas las señales conducen hacia las afueras
y la carretera se curva entre las constelaciones.

América,
en las noches sin neblina
buscábamos tu antorcha como una joven estrella
[entre las barcas.
Eramos tu secreta tribu.
El aullido de las sirenas nos arrancaba de la cama
(al otro día nadie preguntó por el vecino)
y el polvo de la aniquilación nos mordía los ojos.
Pero tú sostenías la ilusión del mantel limpio
y el derecho a guardar una escopeta en el desván.
«Cuéntanos de América»,
pedíamos al forastero,
y servíamos la cerveza en lentos vasos
y las mujeres corrían las cortinas.
Había disputas por la vacía caja de cigarrillos.
MADE IN USA
Nueve letras luminosas en el fondo de una gaveta.
Norte siempre la brújula.
Redimidos en ti
cuando caía en nuestras manos
una ajada revista con la saga de tus
[debates constitucionales,
o escuchábamos, a través del océano de estática,
la rasgada voz de Jasón:

«Apolo a Houston, vamos de regreso a casa».
¿Por qué los dioses nos dieron otra patria?
El niño que dormía con la insignia de *sheriff*
bajo la almohada
habló a sus hijos de los trenes de doscientos vagones
que horadan los picachos,
los almacenes con precios para todos,
los bonos municipales con garantía federal,
la carta que llega intacta al destinatario,
el recto veredicto de la diosa de ojos velados
y la insaciable pradera donde irlandeses y noruegos
(gente de mar como nosotros)
levantaron el granero y la cruz;
podía oírse a cien leguas el trote de un jinete.
Tarde o temprano teníamos que echar a andar
hacia la frontera.
Norte.
Noche y aridez.
Nadie pagó tan caro por un pasaje de ida.
Ocultos en inmundas bodegas,
aferrados a los trenes de aterrizaje,
a ciegas contra la corriente del Golfo
(provisiones para dos días
y velas para ningún viento)
hicimos la travesía al Jardín de las Manzanas de Oro.
«Bienvenidos a América»,
te dicen al pie de la cadena de montaje
y esa noche,
después de un serial de policías y ladrones,
Morfeo te conduce a través de la Puerta de Marfil.
Bienvenidos a la Tierra del Facsímil Razonable.
El trámite dilatado y suspicaz.
En fracciones de segundo nuestras señas recorren los
subterráneos puestos

[de guardia
y en su celda de plomo la Reina de Neón
segrega un número de Seguro Social.
Ya no te llamarán por tu estirpe.
El Estado contra el poder edénico.
Pagados los impuestos
y aprobadas las tarjetas de crédito
en la felicidad viene la penitencia.
Ay, América,
tu destino era desarmar la trampa
que desangra al Cordero
y te has perdido en los recodos de un bazar.
La Cosa como vínculo
entre la Sociedad y los Cielos.
Maravillas de una adulterada edad:
el último profeta se anuncia en las *Páginas Amarillas*.
Los sabios que pueden rehacer la urdimbre
de fibras y tendones
desde

[la vértebras cervicales hasta el occipital
(la sutil y portentosa estructura que nos permite alzar el
rostro hacia Dios)
necesitan el visto bueno de los vendedores de seguros.
Nada por descifrar frente a las sobras de la cena,
mientras los misioneros de las sectas evangélicas
conminan a invertir en la Corporación del Milagro.
En vivo,
vía satélite,
el Hijo incrimina al Padre.
Las masacres ocupan el horario estelar
y los asesinos negocian su contrato con Hollywood.
Desgajado de su trascendencia,
el hombre ordinario se hace extraordinario por regresión.
Dostoievski revisado:

se trata, esta vez, de escandalizar a Lucifer.
Aterrados en nuestra nulidad,
vagamos entre depósitos de basura
y rascacielos postmodernistas,
con la furiosa certidumbre de que debemos huir,
discretamente, sin

[conocimiento de las autoridades.

Pobre del soñador que recibe su cetro a la intemperie.

Para él cuatro veces cuatro no significa plenitud

y elevan su letanía los pescadores bretones:

«Bendito Dios,

sé bueno conmigo.

El mar es tan grande

y tan pequeña mi barca».

Somos libres porque nadie nos reconoce.

En una tienda

de segunda mano

dejamos nuestra piel.

Todavía perplejos de sueño
llegamos al umbral de los grandes ascensores.
Vísperas de televisión y cena al instante,
despertamos al zumbido de un reloj digital.
En la mesa de noche
un catálogo de compras.
Alfarero, alfarero,
¿de qué arcilla es tu cántaro?
Casas sobre libros de cuentas.
Treinta años de utilidad
(en la cama hablamos de las mensualidades)
hasta que las cañerías y los canalones,
las ménsulas y las jambas, los
[alféizares, los montantes y el tejado se desmoronan en puntual rapsodia.
Casas que no pueden heredarse.
A través de paredes de cartón
escuchamos un secador de pelo
y el trino de los pájaros que nunca vemos volar.
Árida la piel, alergias a punto,
el aire acondicionado alcanza la humedad mínima
y de golpe se desfloran los claveles.
Alfarero, alfarero,
¿de quién soy enemigo?

En los muebles que cambiamos antes de pagar,
entre las nubes veladas por la cortina de hollín,
un ominoso crepitar persiste.
La termita sustituye al dragón en nuestra mitología
y el Diluvio es un mediocre rocío de escorias.
Abrimos el periódico sobre las tostadas:
titulares a tuestas entre sorbos de naranja en polvo.
ABANDONADAS EN UN LUMINOSO LABERINTO
LAS RATAS DE LABORATORIO SE ARRANCAN LOS OJOS
Sólo recordaremos los anuncios.
Cuatro mil años de estética
para vender un detergente.
Nuevo. Nuevo.
Letra críptica en la nota que prendemos
en la puerta del refrigerador.
Alfarero,
¿de quién me evitas,
de dónde ya no vengo?
En la intestina travesía del metro,
en la autopista recién barrida
por perpetuas máquinas,
nos preguntamos una y otra vez
si activamos las alarmas.
Saciado está en El Engranaje nuestro Edipo.
Detrás de anatómicos escritorios
ciframos infinitos fragmentos.
Música enlatada por debajo del asordinado teclear.
«El agua sucia de la música en la que muere la música»,
dice Milan Kundera.
Insomnes cámaras en los pasillos,
en las escaleras de servicio,
frente a la caja fuerte que guarda los expedientes.
Convictos de nuestra intimidad,
podemos ver en la pantalla de plasma

el arcoiris que arderá mañana
sobre los edificios sin ventanas,
el peso cúbico de los océanos,
la ruta del moho en la corteza del roble.
Todo lo podemos predecir,
excepto aquello que corroe al Verbo.
Afables especialistas moderan nuestro poder,
la tentación de inhibirnos de la Oferta y la Demanda.
A la hora del almuerzo discutimos los reglamentos
y versiones condensadas de la Biblia de Lutero:
empleados y jefes en corporativa comunión.
De la sección C a la sección X
sostenemos el tapiz de infalibles circuitos.
Miríadas de oscuras cigüeñas a lo largo del eléctrico plano.
Pero nadie sabe si sostiene cuál punta del tapiz.
Alfarero, alfarero,
¿a qué arcilla me atas?
Aúlla la hiena,
en la primaria luna,
el horror a quedar fuera del Sistema.
Una tecla en falso
y otro ocupa nuestra terminal.
Junto a la fuente del Número Prístino,
con la espiga de cuarzo del Control Maestro,
la Operación hilvana la Máscara.
Deuteronomio:
«Les voy a ocultar mi rostro,
a ver en qué paran».
En la cornisa del rascacielo
la paloma alimenta a su cría
con tiras de papel.

Mi padre el rey deambula por el páramo
(su ropa cuelga de la gastada luz)
y aunque sabe que ya está tendida la celada
va grabando en los torcidos arbustos
las señas que lo guíen de regreso.
Debe decir lo que hemos vuelto a callar.
Ayer hablaba a la entrada de los populares almacenes:
«Oh, hijos naturales del siglo,
embrutecidos por la Imagen...»
Los ojos ávidos de otros ojos
y la sonrisa que pliega el mapa del camino
en un rostro que nunca volverá a los espejos.
«Yo soy el camino»,
y extiende sus laceradas manos
ante la multitud educada en los noticieros de la tarde.
Suyos son el cuadrado,
la vertical y el triángulo,
el agua feral del sacrificio
y el timón de la dorada nave.
Pero a nadie logra redimir de su banalidad.
Así lo he visto,
perplejo en sus poderes,
junto a las vías del metro,
con una lata de expirada jamonada

sobre una hoguera de viejos índices de la Bolsa.
«Resurge y vence»,
sermonea sin convicción.
Los discípulos ateridos en cuclillas
y la mirada extraviada en la estepa de concreto.
Un nervioso guiño al levantar el cáliz
antes de que la policía irrumpa
con máscaras de cirujano y guantes de látex
(en Getsemaní no había sida)
y sea arrastrado a los albergues del Bienestar Social.
La teodicea resuelta en la estadística.
Una ducha,
unas gafas de sol
y un cepillo de dientes
con un mensaje de McDonald's,
mientras el buitre acecha un cuerpo
clavado y desclavado
al dictado de los sondeos de opinión.
En vano quiso ser uno entre los hombres.
En vano imploró por un pasaporte para entrar en su reino.
«Ha venido y ya está por venir»,
comenta Juan.
De la contradicción a la metamorfosis
y del símbolo a la praxis,
cayó en las Termópilas sobre el escudo de Esparta,
a pesar de haber sido un ciudadano de Tebas.
Es el maletero de un hotel de Calcuta
que ha vuelto a ser Siddharta Gautama
y propaga su doctrina entre drogados turistas.
A sabiendas de que perdía su alma,
tomó la tea del inquisidor bajo Carlos V
para salvar una idea de Europa que pudo salvar al mundo.
Exiliado de la divinidad,
no merecía otra restauración cósmica

que el derecho a vivir al margen.
Expiación infinita
en rebeldía infinita,
su humanidad no puede ser neutral.
Cerrados los cielos
ha de cumplir su metáfora
(aun a regañadientes)
y revelarnos al Hombre,
indivisible en su radical dignidad.
Uno en la Palabra.
Uno en el Amor.
Uno en el Agora.
Para esa revolución ya se afilan los cuchillos.
Temblad,
Celadores del Préstamo,
Hacedores de Opinión,
Traficantes de Energía,
cuando la espiral se expanda hacia el origen
y el rebaño retorne de la circunferencia al centro.
Ah, ya no escucharéis hablar de las tasas de interés ni las
primas del seguro.
Ah, ya vuestros hijos no serán castrados en sus juegos
y hasta esos manicurados inconformes que cobran por
escupir su goma
[de mascar ante las cámaras
(Prometeo encadenado a su adolescencia)
cantarán junto al manantial
el himno austero de las tribus primordiales,
cultos otra vez en la ingestión del soplo,
la ascensión del semen
y la trayectoria mántica de los soles y las lunas.
Suya será la Espada y la Balanza.
Pero esta noche lo aguardan los horrores del desierto.
Síntesis.

Clave.
Puerta.
Mañana
(¿o en tres mil años?)
quién reclamará el cadáver
de este enigmático extranjero?